

20

Pùblicacrítica

Mabel Moraña

Género y
bio/necro/poéticas
latinoamericanas



BONILLA
ARTIGAS
EDITORES

Género y bio/necro/poéticas latinoamericanas

Moraña, Mabel

Género y bio/necro/poéticas latinoamericanas / Mabel Moraña. -- Ciudad de México : Bonilla Artigas Editores, 2024

552 pp. ; 15 x 23 cm. – (Pública Crítica ; 20)

ISBN: 978-607-8956-56-2 (Bonilla Artigas Editores) (impreso)

ISBN: 978-607-8956-57-9 (Bonilla Artigas Editores) (ePub)

ISBN: 978-607-8956-58-6 (Bonilla Artigas Editores) (pdf)

1. Literatura latinoamericana - autoras - historia y crítica.

2. Roles sexuales en la literatura. I. t.

LC: PN56.S52 M

DEWEY: 860.99287 M

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio conocido o por conocerse, sin el consentimiento por escrito de su legítimo titular de derechos patrimoniales.

Esta publicación fue dictaminada por pares académicos
bajo la modalidad doble ciego.

Género y bio/necro/poéticas latinoamericanas

Primera edición: abril 2024

D.R. © 2024, Mabel Moraña

D.R. © 2024, Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.

Hermenegildo Galeana 116, Barrio del Niño Jesús,

Tlalpan, 14080, Ciudad de México

editorial@libreriabonilla.com.mx

www.bonillaartigaseditores.com

Coordinación editorial: Bonilla Artigas Editores

Diseño editorial y de portada: D.C.G. Jocelyn G. Medina

Bonilla Artigas Editores

ISBN: 978-607-8956-56-2 (impreso)

ISBN: 978-607-8956-57-9 (ePub)

ISBN: 978-607-8956-58-6 (pdf)

Impreso y hecho en México

Género y bio/necro/poéticas latinoamericanas

Mabel Moraña



BONILLA
ARTIGAS
EDITORES

Contenido

PRIMERA PARTE

Género y cuerpo social: bio/necro perspectivas teóricas y ensamblajes poéticos	11
El género como campo de guerra	21
Bio/necro/política y Bio/necro/poéticas	41
Cuerpo biológico, subjetividad y conciencia social	63
Cuerpos textuales: modulaciones narrativas para una recuperación de lo político	79

SEGUNDA PARTE

Necropatriarcado y cadena tanática en <i>Chicas muertas</i> , de Selva Almada	113
Biocapitalismo, vida precaria y de-S-composición. <i>Fruta podrida</i> de Lina Meruane	147
Extrañamiento y “literatura dañada” en <i>El huésped</i> . Aportes para una aproximación al necroliberalismo mexicano en la obra de Guadalupe Nettel	183

“Un fuego fatuo en el horizonte”. La matriz ecogótica en <i>Mugre rosa</i> , de Fernanda Trías	217
Necropoética y espectralidad en el Antropoceno. <i>Distancia de rescate</i> , de Samanta Schweblin	245
(Bio)poética y Bio(política) de la maternidad en <i>Casas vacías</i> , de Brenda Navarro	283
Mundos virtuales, mirada oblicua y sintaxis social en <i>Nefando</i> , de Mónica Ojeda	321
Afecto, contingencia y (comun)idad: <i>Roza Tumba Quema</i> , de Claudia Hernández	361
Exorcismo y reencantamiento en <i>Nuestra parte de noche</i> , de Mariana Enríquez	409
Simulacro, pasiones tristes y rebasamiento del género en <i>Las malas</i> (2021) de Camila Sosa Villada	447
Obras citadas	513
Sobre las autoras	543

PRIMERA PARTE



Género y cuerpo social: bio/necro perspectivas teóricas y ensamblajes poéticos

La asociación de los conceptos de ‘género’ y ‘bio/necro/poética’ hace referencia a la articulación de cuestiones vinculadas a dos órdenes estrechamente relacionados, que tienen en la representación del cuerpo y de la vida su anclaje fundamental. Cuerpo y vida remiten al complejo sistema del *individuo en tanto sujeto*, entendido como ser viviente, socializado y enclavado en la intersección de naturaleza y cultura, nociones que remiten, a su vez, a la dimensión histórica y espacial (geocultural). Asimismo, esos conceptos primarios que se están considerando aquí como pilares del ejercicio crítico, se abren a relaciones y posicionamientos cognitivos (sensoriales, instintivos, intelectuales, emocionales) y a formas de socialización que involucran vínculos familiares, opciones sexuales, creencias y afiliaciones identitarias, tanto dominantes como alternativas o contraculturales.

Como es obvio, el desarrollo de la vida al que se está aludiendo se encuentra complejamente ligado al ejercicio del poder en sus distintas formas sociales y políticas: el poder del Estado, de las instituciones, de tradiciones y costumbres, de normas, regulaciones y leyes, de posiciones sociales de prestigio, influencia, subalternización, autoridad o fuerza. A partir de este múltiple entrecruzamiento se despliegan, tanto en la sociedad como en los universos ficcionales que remedan o radicalmente alteran el mundo real, *formas de vida* y de definición del *ser social* dentro del entramado cultural, político y económico, real o representado.

Con este enfoque, se intenta tomar en cuenta tanto la dimensión local y contingente, cercana a los sujetos y a sus despliegues vitales, como el nivel global, cuyo impacto se hace sentir a través de las innumerables *mediaciones* que relacionan sujeto y mundo (medios de comunicación masiva, tecnología digital, protocolos científicos, aparatos educativos, “alta” cultura, productos de

la cultura popular, etc.). El acercamiento a formas de elaboración literaria que se han ido desarrollando principalmente en lo que va del siglo XXI, permite enfocar escenarios, lenguajes, temas, tramas y personajes que se sitúan en las coordenadas impuestas por la torsión neoliberal y los procesos de globalización. Este encuadre revela formas particulares de entender la relación interpersonal, así como los nexos entre individuos e instituciones, la cuestión del poder, el papel del sujeto ante la situación del medio ambiente y la relación con el cuerpo.¹

Cuerpo social, cuerpo y corpus, cuerpo biológico, real o imaginado, pensado en sus transformaciones y en sus constantes, en estado de salud y en condición patológica, en sus múltiples conexiones con la subjetividad, el territorio, el problema de la verdad, la dialéctica entre identidad y diferencia, etc., constituyen vectores que apuntan hacia diversas materializaciones estético-ideológicas que en este estudio se identifican bajo el nombre de *poéticas*. Uno de los propósitos de este acercamiento es el de estudiar el modo en que la literatura está representando, en clave simbólica, los distintos núcleos del conflicto social que nos afecta en el nivel local/global, y con respecto al cual se abre un amplio espectro de perspectivas y materialidades literarias.

El corte específico que informa los capítulos de este libro atiende al desarrollo de la literatura escrita por mujeres en las últimas décadas en América Latina. Este abundante corpus confiere especial relevancia al tema del cuerpo, el género, la sexualidad y la violencia. Principalmente se advierte como una constante el tema de la muerte, en sus múltiples formas de aparición, presencia o acechanza en los mundos representados. Aunque este registro pudo haber incluido muchos más autores de ambos sexos, en los que la cuestión bio/necropolítica y la representación del género son prominentes, el corpus acotado que aquí se considera es particularmente representativo de estos cruces y funciona como una mera introducción metodológica a la articulación

¹ Estas reflexiones dialogan estrechamente con mi libro *Pensar el cuerpo. Historia, materialidad y símbolo* (Herder, 2021), al que se aludirá en otros momentos del presente estudio.

que se explora en el análisis textual. La perspectiva de la mujer en estos escenarios es particularmente relevante, ya que registra formas específicas de conciencia social marcadas por la posicionalidad de largos siglos de relegación y resistencia, y por los procesos de integración y redefinición en la esfera pública.

Los aspectos mencionados –cuerpo, género, sexualidad, violencia y muerte– vinculados al desarrollo de la vida, tanto como a las situaciones que la ponen en peligro, son interpretados a partir de textos que ilustran algunas direcciones a partir de las cuales se expresa el pensamiento y la sensibilidad de las nuevas escritoras en las nuevas generaciones latinoamericanas, incluyendo el caso transgénero de Camila Sosa Villeda. Históricamente, la mujer ha experimentado *lo social* desde posiciones de vulnerabilidad, precariedad y desposesión, incorporando vivencias que han generado puntos de vista marcadamente críticos con respecto a las lógicas del sistema patriarcal, la cultura del cuerpo y las necropolíticas que atraviesan el biocapitalismo. Estas *políticas de la muerte* se agudizan a partir de las dos últimas décadas del siglo veinte, constituyendo hoy día una de las más intrigantes líneas de interrogación de lo social y de las formas estéticas que intentan representarlas. En este sentido, la parodia transvesti agrega una torsión estética y política al tema de construcción social del género dejando al descubierto los sistemas de poder que informan tales procesos identitarios.

En las propuestas de este libro ‘género’ y ‘bio/necro/poética’ funcionan, así, a la manera de un concepto-bisagra –es decir, como ensamblaje crítico-teórico– que permite aproximarse al análisis de las distintas modalidades a partir de las cuales el discurso literario *interviene* lo social y a su vez es interrumpido y resignificado por las condiciones materiales en las que la literatura es producida y consumida en su carácter de mercancía cultural.

Con frecuencia se ha indicado que el género constituyó durante mucho tiempo el punto ciego de las teorías de la subjetividad. Hoy en día esta categoría ocupa el centro de los análisis sobre afectividad, sexualidad, socialidad, violencia, corporalidad, etc., habiendo pasado a ser considerada, junto a los conceptos de

raza y clase, uno de los principales articuladores del sujeto. Asimismo, el estudio de los vínculos constitutivos entre lenguaje y género ha permitido ligar la idea de género al estudio de la discursividad ya sea en la expresión de modelos dominantes sobre la relación hombre-mujer, hetero-homo sexualidad, sexualidad reproductiva vs. no-reproductiva, etc., incorporando asimismo la cuestión discursiva a la construcción de posiciones de resistencia y alternatividad. El sujeto existe *en* el lenguaje, de la misma manera en que los conceptos que se emiten respecto al género *construyen* al sujeto socialmente, siendo esenciales para sus procesos de (auto)reconocimiento social.

Hablar de género, entonces, supone adentrarse en una intrincada red de factores que van desde la perspectiva biologista a las nuevas miradas sobre deconstrucción de binarismos, construcción social y performance, sin olvidar la diversificación agregada por la noción de lo *queer* como superación de la relación hetero-homosexual y como afirmación de fluidez e inestabilidad identitaria. Hablar del género implica, asimismo, analizar múltiples mediaciones a través de las cuales este aspecto de la identidad se expresa y manifiesta, o se encubre, trans-forma y di-simula. El género conduce a una exploración de los modelos epistémicos que se aplican al análisis de las distintas formas de conciencia social y a los aparatos de reproducción ideológica que impactan el (auto)reconocimiento social antes aludido. La cuestión del género se apoya en un campo referencial muy amplio que atañe a los procesos cognitivos tanto como a la producción de los afectos. En ese sentido, no puede dejar de enfatizarse la función del discurso como dispositivo de formación de subjetividades y transmisión de valores. Finalmente, el género no puede ser comprendido al margen de las relaciones de poder ni de las condiciones históricas, culturales y políticas que rodean los procesos de construcción de sujetos.

Aunque el término y la noción de género forman parte ya del vocabulario habitual del feminismo, la crítica cultural y otras disciplinas, y se encuentra normalizado en el lenguaje ordinario, su inserción conceptual atravesó diferentes etapas. En su libro *Abismos temporales. Feminismo, estéticas travestis y teoría queer* (2018)

Nelly Richard recuerda que “el concepto de ‘genero’ fue el cuerpo sexuado (sustrato natural, determinación biológica) de las marcas de representación de la masculinidad y femineidad sobreimpresas en él por los códigos sociales y sus normas culturales” (119).

De este modo, la modelación de “lo masculino” y “lo femenino” se diferencia de la sexualidad biológica y puede reconocerse como una “tecnología social”, desesencializando así las identidades hombre/mujer y permitiendo visualizar la construcción social de esas nociones (Richard, *Abismos temporales* 120).

Este libro se enfoca sobre todo en el modo en que estas construcciones se ven alteradas en la actualidad por el predominio necropolítico globalizado. Este extrema los procesos de victimización social, marginación, desigualdad e impunidad, al tiempo que promueve modalidades nuevas de resistencia y construcción de agendas emancipatorias.

La investigadora eslovena Marina Gržinić ha trabajado el tema de la cultura en el capitalismo tardío conectando esta macroestructura con procesos como la desintegración del Estado de Bienestar y la privatización de la esfera pública. Tales procesos se han naturalizado, junto con sus correlativas estrategias racistas y xenóforas, en el mundo global (“Biopolitics, Necropolitics” 10). Gržinić sustenta la idea de que

[E]stamos enfrentados a formas extremas de reificación en las cuales el espacio social (junto con el arte, la cultura, la educación y la política) y la vida, están regulados no por el *bios* (vida) sino por la muerte (necro), como medida necropolítica de la regulación de nuestras vidas desde la perspectiva de la muerte en el mundo capitalista. Hasta ahora hemos estado hablando de biopolítica, biopoder y biocapitalismo, pero debido a esta situación extrema del proceso de subjetivación, explotación y expropiación, proponemos, en su lugar, hablar de necropolítica, necropoder y necrocapitalismo. (“Biopolitics, Necropolitics” 12)

Es desde la plataforma conceptual de la necropolítica que se enfocan aquí las perspectivas de género que iluminan, a partir de

subjetividades situadas en distintos puntos de observación política y social, el panorama complejo del capitalismo global, y el modo en que éste penetra en las distintas áreas de acción y de experiencia social de la mujer, afectando justamente su inserción específica en el espacio público y privado.

La noción de género y de lo *queer* tiene como uno de sus objetivos la deconstrucción y relativización de la heterosexualidad entendida como tecnología social y como normativa para el control de los cuerpos y la prolongación de funciones tradicionales destinadas a los sexos. Como es sabido, tales funciones destinan a la mujer a las tareas de reproducción, maternidad y trabajo doméstico, incluyendo el apoyo a las metas y criterios masculinos. Esta forma particular de subalternización tiene una larga historia, que no se revisitará en este libro, pero que informa sobre la importancia de este criterio de organización social en los contextos reales y simbólicos aquí analizados. Sobre esta base es que se levanta la estructuración heteronormativa dominante en Occidente y la red de mitos y rituales sociales que la sustentan hasta nuestros días.

El estudio del género arroja una primera y clara conclusión, ya bien reconocida: que el género sexual no expresa un imperativo categórico acerca de las conductas y preferencias sexuales, ni remite a una verdad universal e incontestable. Las formas de naturalización de esta tecnología de control social tienden a subsumir la cuestión del género en las estructuras inherentes a *lo humano* y *lo social*, para familiarizar a la sociedad con sus principios, como si se tratara de *algo dado* (por la naturaleza, por la cultura), refrendado por el sistema legal. El lenguaje es, en estos procesos, crucial, como elemento formador de discursos y promotor de versiones verticalizadas sobre identidad, roles sociales, y evaluación de las conductas o principios contranormativos. La educación, el discurso médico, la doctrina religiosa, y las regulaciones legales tienden a la consolidación de las distribuciones tradicionales relacionadas con el deseo, la sexualidad y las preferencias de género (vestido, maquillaje, actitudes, funciones sociales) operando como dispositivos reproductores de ideología, de modo similar a lo que sucede en términos de raza y etnicidad.

Si el género se consolida a partir del poder sobre los cuerpos, también se apoya en el control de las emociones y en las formas de acceso a los tiempos y espacios de la creatividad, a través del “reparto de lo sensible”, definido por Rancière como la “distribución y redistribución de los espacios y los tiempos, de los lugares y las identidades, de la palabra y el ruido, de lo visible y lo invisible”:

Llamo reparto de lo sensible a ese sistema de evidencias sensibles que al mismo tiempo hace visible la existencia de un común y los recortes que allí definen los lugares y las partes respectivas. Un reparto de lo sensible fija entonces, al mismo tiempo, un común repartido y partes exclusivas. Esta repartición de partes y de lugares se funda en un reparto de espacios, de tiempos y de formas de actividad que determina la manera misma en que un común se ofrece a la participación y donde los unos y los otros tienen parte en este partido. (*El reparto de lo sensible* 14)

Rancière habla asimismo de una *estética de la política* y de una *política de la estética* para referirse a los regímenes de visibilización y ocultamiento de contenidos que son regulados desde el poder:

Hay una *estética de la política* en el sentido en que los actos de subjetivación política redefinen lo que es visible, lo que se puede decir de ello y qué sujetos son capaces de hacerlo. Hay una *política de la estética* en el sentido en que las formas nuevas de circulación de la palabra, de exposición de lo visible y de producción de los afectos determinan capacidades nuevas, en ruptura con la antigua configuración de lo posible. (*El espectador emancipado* 65, énfasis mío)

El discurso social logra, a través de formas estereotipadas o de mayor sofisticación, que los atributos de género sean fácilmente interiorizados a nivel colectivo y produzcan un “efecto de realidad” que se disemina en los imaginarios y que se va reproduciendo, mayormente indisputado, de generación en generación.

En literatura, estos conceptos sobre el género, sobre la “estética de la política” y la “política de la estética” resultan

fundamentales para la comprensión de las distintas formas representacionales y de las poéticas que se van formalizando como expresión estético-ideológica de esas distribuciones. A partir de este papel fundacional del lenguaje en la producción de subjetividades, puede hablarse del yo como *sujeto lingüístico*, plataforma sobre la que se elabora, desde el lenguaje, el trabajo de la memoria y del deseo. En términos generales, la función constitutiva (generadora) del lenguaje no puede discutirse. Sin embargo, el lenguaje se vuelve inoperante y apenas aproximativo cuando se trata de la expresión emocional y sobre todo de la experiencia del dolor y de la violencia, como ha estudiado Elaine Scarry en *The Body in Pain* (1985), y como desarrolla Sara Ahmed en *The Cultural Politics of Emotion* (2015).

El tratamiento estético del género conlleva, necesariamente, la tematización del dolor, ya que la expresión del género ha estado siempre sujeta a restricciones y represiones que estuvieron acompañadas de dolor físico, emocional, psicológico e intelectual, el cual ha sido difícil de comunicar, por su misma naturaleza intrínsecamente subjetiva. Las biopoéticas analizadas en este libro ofrecen diversas formas de aproximarse a este campo de significaciones.

La indecibilidad del dolor es sumamente importante en literatura ya que se traduce en formas sustitutivas de mediación semántica, como metáforas, alegorías, comparaciones, simbolizaciones o recursos derivativos que operan como dispositivos de comunicación afectiva y sensorial para la expresión de lo que el lenguaje, de manera directa, no llega a transmitir. El dolor extremo, la tortura y la cercanía de la muerte constituyen experiencias-límite, que producen una atomización del lenguaje, que ya no puede configurarse como mecanismo para la producción de sentido. En otras palabras, el dolor se mantiene en una zona de indecibilidad, salvo por las formas figurativas (mediadas) que se despliegan para re-presentarlo. Se trata, como Sara Ahmed señala, de lograr una materialización de lo subjetivo e interior.

Mientras que la medicina trata el dolor como *síntoma*, o como *condición física*, la literatura busca comunicarlo como vivencia. De acuerdo con Ahmed, “el dolor supone la violación o transgresión

del límite entre adentro y afuera, y es a través de esta transgresión que siento ese límite en primer lugar” (27, mi traducción). Ésta es la experiencia de corporalización o encarnación (*embodiment*). “El dolor está ligado, por tanto, con el modo en que habitamos el mundo, cómo vivimos en relación con las superficies, los cuerpos y objetos que forman parte de nuestros hábitats. La cuestión no es tanto qué es el dolor sino qué es lo que hace” (27). De este modo, hablar del dolor es referirse también al lugar que éste ocupa en la socialización del sujeto. En este sentido —y abreviando aquí la fundamentación de Ahmed— esta autora se pregunta “¿cómo entra el dolor en la política?” (31). Discusiones éticas e ideológicas se desprenden de esta cuestión, involucrando, por ejemplo, los debates en torno al tema de las víctimas y a lo que autores como Wendy Brown han señalado en cuanto a la fetichización de las heridas y del *daño* causado al subalterno, hasta el punto de convertir el trauma en una forma de identidad. Según Ahmed, hay un mercado para el sufrimiento: “la victimización es mercantilizada” (32, mi traducción). De este modo, una de las entradas del dolor en la política es por la vía de su mercantilización y de la compensación a las víctimas, la cual se implementa transformando simbólicamente la pérdida (el dolor) en ganancia (compensación, resarcimiento).

Articulando psicoanálisis y marxismo, puede afirmarse, entonces, que el psicoanálisis ofrece una teoría del funcionamiento emocional, manejándolo como una forma de *capital* cuyo valor se verifica en el proceso de su circulación social. En ese sentido, la pasión sería una forma de capital acumulado temporalmente, proceso en el que adquiere valor afectivo (Ahmed 45). Es justamente este desarrollo temporal de la vida emocional lo que permite comprenderla como “*economía afectiva*” y como “política afectiva” ya que la emocionalidad define la posición del sujeto en el espacio social y las formas de inversión de su capital afectivo, en el ámbito público y privado. El odio y el miedo, al igual que el amor, son *intensidades* que permiten negociar las relaciones del sujeto a nivel social, familiar, amoroso, sexual, comunitario, etc., y efectuar transformaciones de lo real.

En este sentido, se habla también de *agenciamientos* en lo relacionado con el género, es decir, de formas de acción, inte-

rrelación, re-acción, etc. por medio de las cuales los cuerpos se vinculan a través de signos, conductas, lenguajes, que exceden los principios heteronormativos y funcionan como dispositivos críticos, testimoniales e interpretativos que producen rupturas, abren cauces y desestabilizan el *statu quo*.

La perspectiva de género aparece como una condición necesaria para el análisis crítico de las formas de participación de los sujetos en un entorno democrático, donde se pretende reconocer una multiplicidad de expresiones de identidad sexual por medio de la crítica y la formulación de espacios alternativos en que se negocian significantes, a partir de los cuales se pretende reformular la idea de sujeto. (Leal Reyes 174)

Las biopoéticas que aquí se analizan tienen como telón de fondo y, a veces, como primer plano, el horizonte conceptual de la muerte, y la presencia del dolor, del miedo y de la violencia representados como límites materiales y simbólicos, pero también como desafíos epistémicos y como dispositivos políticos utilizados para reafirmar relaciones de poder asentadas en la centralidad masculina y en los privilegios y traumas que ésta genera. Este borde existencial potencia la idea de la vida y del sujeto que se encuentra sometido a las fronteras de la temporalidad. De ahí que se hable de bio/necro/poéticas, para señalar el *entre lugar* dramático, pero también lírico y performativo, desde el cual se construye el tejido ficcional de los textos, en los cuales las fuerzas de agresión y destrucción del cuerpo se combinan con dinámicas de resistencia en favor de la vida y de la reconstrucción social tras los impactos de la violencia. Las poéticas estudiadas en este libro son representativas de algunas opciones, quizá las más sobresalientes que han surgido en las últimas décadas, pero muchas otras podrán irse sumando al repertorio que proyecta la literatura latinoamericana actual, vista desde el ángulo crítico que aquí se desarrolla.

El género como campo de guerra

La intervención literaria antes aludida se produce a partir de la construcción de situaciones e interrelaciones en las que la interconexión saber/poder es dramatizada como parte de un proceso de construcción crítico-poiético que se apoya en sus vínculos con realidades extraliterarias. Aunque tales realidades no se presenten en muchos casos de manera explícita, permean y hasta saturan la trama ficcional. En los casos analizados en este estudio, la literatura utiliza las claves de la ficción como registro de formas posibles de conciencia social sustentadas por personajes que teatralizan determinadas *posiciones o situaciones de discurso* a partir de las cuales toda enunciación se potencia y se *significa*.¹

Dentro de estos parámetros, es obvio que el lenguaje juega un papel fundamental, como dispositivo de poder que canaliza representaciones, imágenes, discursos y relatos que dan pie a interpretaciones múltiples pero que también van creando un sedimento socio-cultural que cristaliza en versiones/visiones sobre agentes y escenarios sociales. Los espacios en los que se despliega la experiencia social están cargados de significación política, sociocultural, económica y simbólica.

Lo que asociamos a la ciudad y al espacio rural, a lo masculino y a lo femenino, a los imaginarios provincianos o cosmopolitas, a

¹ “Se llama ‘situación de discurso’ al conjunto de las circunstancias en medio de las cuales se desarrolla un acto de enunciación escrito o u oral. Tales circunstancias comprenden el entorno físico y social en que se realiza ese acto, la imagen que tienen de él los interlocutores, la identidad de estos últimos, la idea que cada uno se hace del otro (e inclusive la representación que cada uno posee de lo que el otro piensa de él), los acontecimientos que han precedido el acto de enunciación (sobre todo las relaciones que han tenido hasta entonces los interlocutores y los intercambios de palabras donde se inserta la enunciación)” (Ducrot-Todorov 375).

lo íntimo y a lo público, se canaliza a través del lenguaje literario, el cual se abre a diversas significaciones, exhibiendo contradicciones de la realidad social o ficcionalizada, o clausurando su representación. El lenguaje funciona así como un campo generador de sentidos en el que dos operaciones son fundamentales: representación y performance. La primera tiene que ver con la referencia simbólica (mediada) a elementos del mundo que se hacen perceptibles, ya que la *representación* supera a la mera percepción de lo real, agregándole una carga interpretativa y colocando aquello a lo que se hace referencia en un registro distinto, que al desfamiliarizarlo lo vuelve inteligible. La performatividad, por su parte, se relaciona con la puesta en escena de los contenidos del lenguaje: su dramatización, su despliegue, su *mostración* en el escenario comunicacional.

Con estos atributos, la función constitutiva del lenguaje, constructor de realidades, sentidos y campos connotativos, resulta fundamental para la comprensión del género como conjunto de normas, disposiciones, criterios y valores que se expresan en un amplísimo repertorio discursivo-escriturario, desde textos educativos hasta estudios biológicos y psicológicos, pasando por manuales de conducta, regulaciones de fuerza legal, registro de hábitos y costumbres, normas e imposiciones institucionales.

Teresa de Lauretis considera el género como “una construcción ficticia, un destilado de discursos, diversos pero coherentes, que dominan en las culturas occidentales (discursos críticos y científicos, literarios o jurídicos), que funcionan como puntos de fuga, así como condición peculiar de existencia” (*Technologies of Gender* 84, en Leal Reyes 167-168, traducción de Leal Reyes). En este sentido, “los sujetos definen y redefinen sus representaciones, que adquieren su estatus de objetividad, por medio de discursos y prácticas cotidianas en relación con los conceptos de biopolítica y ciudadanía sexual, que conforman una suerte de ‘marcos de acción’ de estas formas de entender y vivir la sexualidad” (Leal Reyes 168). El género se evidencia, así, como resultado de un proceso de construcción que tiene en el lenguaje y en las prácticas sociales sus puntos de apoyo. Siendo así producto de operaciones discursivas, el género adquiere una dimensión

principalmente cultural e ideológica, muy afín a las construcciones literarias, en la medida en que se sustenta en léxicos, giros idiomáticos, registros semánticos, lugares comunes, tipificaciones e imágenes que forman un repertorio que se va naturalizando hasta constituir una realidad paralela a la del objeto al que supuestamente hace referencia.

Decir *literatura*, igual que decir *género*, es referirse a la función del lenguaje como instrumento de representación, reconociendo el despliegue performativo que tiene lugar en ambos casos como procedimiento de teatralización inherente a la forma en que los cuerpos (verbales y humanos) entran a los imaginarios colectivos y se integran al espacio social. Para Leal Reyes, una de las definiciones del concepto de género establece que se trata de

un emplazamiento en un sistema que, a partir de actos del habla reforzados en discursos teóricos, académicos y socioculturales de diversa índole, proporcionan seguridad aparente a un proyecto fundamentalmente androcéntrico y heteronormativo, tendiente a regular el comportamiento sexual en función de la figura masculina como un supuesto “universal” de la cultura. (175)

Pero el género tiene, además del nivel lingüístico y discursivo, una dimensión epistémica, en la medida en que funciona como aparato cognitivo, interpretativo y crítico de la realidad. De esta manera, el género tiene la capacidad para constituirse en una verdadera plataforma transformadora de lo social en lo que atañe a formas de (auto)reconocimiento, conductas vinculadas a los afectos, la familia y la sexualidad y, en general, referidas a todo lo que tiene que ver con la proyección del individuo tanto en la vida pública como en la esfera de la intimidad.

la idea de género funciona como un aparato normativo que regula las posibilidades sexuales, pero al mismo tiempo las detona multiplicándolas a partir de mecanismos prefigurados desde el lenguaje y materializados en los cuerpos. El concepto de género es leído como un espacio múltiple de reconocimiento de las diferencias, representadas como formas de acción colectiva a través de las cuales pueden

cuestionarse las fórmulas aparentemente coherentes del sistema heteronormativo. [...]

El género constituye un recurso epistemológico en el que se representan algunas de las dinámicas presentes en el campo sexual a través de una crítica a la política identitaria heteronormada, a los binarismos sexualizantes, a la homogeneización de los grupos sociales, así como a los dispositivos e instituciones que clasifican las experiencias vitales. (Leal Reyes 164 y 175)²

En relación al género la función del lenguaje es particularmente compleja, ya que se trata de una codificación que viene marcada por las reglas del uso, por el *habitus* colectivo, por prohibiciones, diseminaciones o captura de sentidos. El lenguaje (la norma, el habla, los idiolectos, las jergas y las formas gestuales que lo acompañan) incorpora, así, marcas de identidad que efectúan de manera constante un trabajo de *traducción* de la idea a la palabra, de lo regulado a lo contranormativo, del sistema a la particularidad. La literatura es, en este sentido, un entramado en el que el lenguaje teje relaciones, pero en el que a veces se cortan los hilos, haciendo de la comunicación un proyecto frustrado, una acción monológica, que enajena y aísla.

En relación al género, el lenguaje es a la vez la marca y lo marcado, un arma cargada que dispara en la dirección que se le imprime al discurso, desde la conciencia social y desde la ideología. El lenguaje crea realidades al constituir las socialmente, atribuyéndoles sentidos posibles y obstruyendo, con frecuencia, campos connotativos que se oponen a concepciones dominantes o a corrientes de interés en el plano político y social. El lenguaje vilipendia y consagra, excluye y convoca, descalifica o ratifica, en el

² Leal Reyes señala, respecto al término heteronormatividad, que éste “es un concepto de Michael Warner (2000) que hace referencia ‘al conjunto de las relaciones de poder por medio del cual la sexualidad se normaliza y se reglamenta en nuestra cultura y las relaciones heterosexuales idealizadas se institucionalizan y se equiparan con lo que significa ser humano. Es además el principio organizador del orden de relaciones social, política, institucional y culturalmente reproducido, que hace de la heterosexualidad reproductiva el parámetro desde el cual juzgar (aceptar, condenar) la inmensa variedad de prácticas, identidades y relaciones sexuales, afectivas y amorosas existentes” (161 n. 2).

ejercicio del poder representacional que confiere tanto al hablante como al receptor del enunciado. El lenguaje literario, en particular, se abre en un abanico de posibilidades que incluye, entre muchas otras flexiones, la ironía, la parodia, la sátira, la denostación, la ambigüedad, la reticencia y la letanía, teatralizando así distintos matices del espectro emocional e intelectual del individuo, pero insertando también, subliminalmente, sentidos ocultos en la materia verbal y en los modos de decir de una comunidad lingüística.

La noción de género se presenta, así, como una categoría política, social y cultural en constante proceso de re-creación, abierta a singularidades y a alteraciones de los repertorios *modernos* del poder/saber. Se trata de un aparato normativo en el que se realiza una permanente pugna entre regulaciones dominantes marcadas por el patriarcalismo y la heterosexualidad y *otras* formas de entender el relacionamiento interpersonal a nivel sexual, erótico, social, etc. El género forma parte, así, de una lucha anti hegemónica que se manifiesta en todos los niveles (doméstico, laboral, legal, simbólico) y que en cada caso toma características distintas, según las metas que se persiguen a corto y a mediano plazo.

A nivel crítico-literario, el género funciona como instrumento teórico que permite penetrar los vericuetos de la ideología en todo lo que tiene que ver con las lógicas patriarcales, particularmente con aspectos normativos vinculados a conductas y valores relacionados con la sexualidad, los roles de hombre y mujer en la familia, en el trabajo, en la esfera pública, en relación al poder y a la distribución de espacios materiales y simbólicos.³

En un artículo clásico sobre el tema del género, Joan Scott definió este concepto, en 1986, a partir de dos aspectos. El primero, se refiere a la función que cumple el género en la organi-

³ Un importante ejemplo de la implementación del género como eje de la crítica literaria y cultural puede verse en la obra de Silvia Molloy sobre literatura del siglo XIX y del Modernismo, pero también de otras épocas, en la que se ensayan formas de lectura que desarticulan el archivo tradicional y los criterios de valor utilizados en la selección canónica y en la hermenéutica misma de los textos. Además de los textos de Molloy, ver Domínguez, "Flexión del género".

zación e implementación de las relaciones sociales a partir de las diferencias sexuales vistas desde una perspectiva tradicional. El segundo aspecto, apunta al modo en que género y poder se van vinculando históricamente, involucrando a su vez, progresivamente, relaciones de clase y raza. Esta perspectiva interseccional es fundamental para la comprensión del sujeto en sus particularismos y singularidades.

La obra de Michel Foucault tuvo un profundo impacto en la teoría feminista y en la teoría del género, a pesar de críticas que se realizaron a su obra por no haber avanzado más en la dirección interseccional y haber propuesto, en algunos casos, una noción de sujeto no suficientemente deconstruida desde el punto de vista del género. El binomio saber/poder remite a uno de los aspectos más difundidos del pensamiento de Foucault, sobre las dinámicas de poder y resistencia en contextos sociales, y sobre el modo en el que esas corrientes de energía atraviesan *productivamente* el espacio político –la *polis*, como ámbito de confluencia e interacciones colectivas–. Tal *productividad* implica mucho más que verticalidad y sometimiento; libera relaciones horizontales de solidaridad y resistencia, alianzas, negociaciones y despliegues de subjetividad que vinculan lo individual y lo colectivo y permiten su transformación, estimulando formas de energía social alternativas a las dominantes. En palabras de Foucault:

[s]i el poder fuese únicamente represivo, si no hiciera nunca otra cosa más que decir no ¿cree realmente que se le obedecería? Lo que hace que el poder se aferre, que sea aceptado, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho circula, produce cosas, induce al placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo más como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social que como una instancia negativa que tiene como función reprimir. (Foucault, *Estrategias de poder* 48)

Una de las vías de aplicación creativa de las posiciones de Foucault sobre el poder fue realizada en el plano del género por Teresa de Lauretis en su libro *Technologies of Gender* (1987).

Uno de los temas que aborda esta autora, de especial importancia para los estudios que se ofrecen en el presente libro, tiene que ver con la relación entre sexualidad y socialidad. La importancia de este vínculo radica en que la distinción y al mismo tiempo la interconexión de ambos campos permite expandir la concepción del sujeto hacia planos diversos de realización y de interpretación. En su referencia a la obra de Teresa de Lauretis, Leal Reyes señala que esta autora

define al género a través de una serie de proposiciones: 1) el género es una representación, que sin embargo tiene implicaciones concretas en la vida material de los individuos, 2) la representación del género es su construcción (como evidencian la historia del arte y la cultura occidental), 3) la construcción del género continúa hoy no sólo en los medios, la escuela, la familia y otras instituciones, sino también en la comunidad intelectual, la teoría y el feminismo, y 4) la construcción del género es también afectada por los discursos que lo deconstruyen. (Leal Reyes 165)

En *Technologies of Gender* De Lauretis reconoció, hace ya varias décadas, la relevancia de aspectos de la subjetividad individual y colectiva que se expresan en muchas otras zonas de lo social, y cuyas interacciones contradicen la idea del sujeto único y unificado, impulsando más bien la noción de *sujeto múltiple*, vinculada –en el sentido ya establecido por Foucault– a una variedad de tecnologías sociales. En palabras de De Lauretis, teniendo en cuenta tanto la sexualidad como la socialidad, es posible concebir

un sujeto constituido por el género, pero no solamente por su diferencia sexual sino más bien a través de lenguas y representaciones culturales; un sujeto en-gendrado (*en-gendered*) por las experiencias de raza y clase, tanto como por las de la sexualidad; un sujeto, por tanto, no unificado sino más bien múltiple, y no tanto dividido como contradictorio [...]

Un punto de partida podría ser pensar en el género en la dirección de la teoría de la sexualidad de Michel Foucault como “tecnología

del sexo” y proponer que el género, también, como representación y como auto-representación, es el producto de varias tecnologías sociales, como el cine y los discursos institucionalizados, las epistemologías y las prácticas críticas, tanto como las de la vida cotidiana. (De Lauretis 2, mi traducción)

Entendiendo así el género como representación, como construcción (académica, artística, etc.) y como proceso afectado también por la deconstrucción (que puede considerar las teorías del género como una falsa representación ideológica), De Lauretis concluye que “el género, como lo real, no es sólo el efecto de la representación sino también su exceso, lo que queda fuera del discurso como trauma potencial que puede quebrar o desestabilizar, si no es contenido, cualquier representación” (3, mi traducción). De este modo, lejos de restringirse a la cuestión sexual o a las diversas formas de realización del deseo, el estudio del género logra efectuar el descentramiento político de discursos, valores y lugares de privilegio que impactan la totalidad de lo social.

Las relaciones entre trauma y representación del género son de inmensa importancia y exceden los límites de este estudio, pero llaman la atención aquí acerca de la inestabilidad y del carácter tentativo y siempre inacabado de clasificaciones, definiciones, taxonomías y procesamientos hermenéuticos que tienden a adjudicar un valor epistémico, social o político fijo a la cuestión del género, sobre todo, teniendo en consideración la gran incidencia que tiene su construcción discursiva.

En este panorama, como indica De Lauretis y como han considerado otros autores posteriores, no puede dejarse de lado el hecho fundamental de que el análisis y la vivencia del género en sociedades que han ido procesando también cuestiones vinculadas a factores étnico/raciales, de edad, clase, lengua, capacidad física y otras, alcanza, como resultado de múltiples procesos sociales y políticos, un grado considerable de complejidad, y se presta a múltiples combinaciones e hibridaciones que se manifiestan en la formación de subjetividades tanto individuales como colectivas, fluidas y múltiplemente situadas.

Por oposición a las identidades fijas, esencializadas y administradas desde el Estado en la sociedad disciplinaria, la sociedad actual genera *otras* formas, individuales y comunitarias, de (auto)reconocimiento social. Aunque estas nuevas formas no implican necesariamente un cambio radical en las formas de socialización sexo-genéricas, muchas de las restricciones y exclusiones de la modernidad van siendo superadas. Así, se multiplican, por ejemplo, los intentos de diversificar y reapropiar el espacio social. Se expresan de este modo, a nivel de género, formas alternativas de entender las interacciones sociales, sexuales y no sexuales, atravesadas o no por una voluntad contra normativa, la cual puede canalizar –o no– frustraciones, traumas o discriminaciones provenientes de regulaciones del pasado y naturalizadas en costumbres, instituciones y creencias. Dicho de otro modo, tales alternativas pueden presentarse con muy diversos grados de radicalidad, llegando a impugnar las bases mismas del sistema total en el que se inscriben, o manteniéndose en la superficie de este, manifestándose solo como tendencias reformistas de más limitado alcance. En todo caso, su valor como síntoma de las fracturas internas del sistema, resulta innegable.

La complejidad que transmite la cuestión del género se irradia en todas direcciones en el mundo representado en la literatura, de la misma manera en que impacta en el mundo real todos los niveles de (inter)acción social. Tal irradiación se manifiesta en la construcción y representación de posicionamientos relacionados con las prácticas sexuales, la formación de subjetividades y la socialización de sujetos, ya sea de manera binaria, sobre la base de atributos biológicos, ya sea de manera más libre y multidireccional, expresada a través de actitudes, gestualidades, conductas y proyectos contranormativos. En este último caso, la representación del género incorpora las críticas que se han venido realizando desde el siglo pasado a las restricciones dualistas que caen en estereotipos y maniqueísmos, apuntando más bien a la diversificación de los significados atribuidos a los pares hombre/mujer, masculinidad/femineidad, género/sexo. Especial énfasis recae sobre las formas fluidas de subjetividad: empalmes intergenéricos, traspases de fronteras reales y simbólicas, formas *queer* de